

VELADAS SENTIMENTALES



## 1

Pensemos, sí, pensemos en esta humilde hora  
de silencio y de calma, en la fortuna incierta,  
hasta que las cortinas de la ventana abierta  
alumbre la indecisa claridad de la aurora.

¡Alma llena de espantos y de misterios, ora  
arrodillada y triste, por tu esperanza muerta!  
Su luz vierte aún la lámpara, y, asomado á la puerta  
hay un viejo recuerdo que silencioso llora...

El monótono péndulo rima con el latido  
del corazón cansado. Suspira en el oído  
la palabra postrera de algún adiós lejano.

Sobre el papel la errante mirada se detiene,  
y del nombre que lenta va trazando la mano  
surge una blanca sombra que á acariciarme viene.



## II

Tal vez no era graciosa, quizás no fuese bella,  
 mas tenían sus ojos tal expresión amante  
 y era tan puro el pálido perfil de su semblante,  
 que para mí la Gracia, la Belleza, son Ella!

Como un rayo de luna aún su fulgor destella  
 en las profundas noches de mi dolor constante...  
 Los surtidores vierten lágrimas de diamante...  
 ¡Por Ella llora plata en el azul la estrella!

¡Hermosa no serías, visión toda ternura,  
 mas yo no vi hermosura igual á tu hermosura  
 en el destierro estéril por donde cruza el hombre,

seguido de la sombra de su melancolía...  
 ¡Para mí la Belleza, el Amor, la Poesía,  
 tienen tus mismas líneas, llevan tu mismo nombre!

## III

Á través de las grises vidrieras empañadas  
 el otoñal paisaje, á la lluvia y al viento  
 se estremece de frío y se deshoja lento...  
 Llora el aire un perfume de rosas deshojadas...

El silencio propicio de la estancia, convida  
 con su luz moribunda y su fúnebre calma,  
 á encerrarse en la oscura tumba de nuestra alma  
 y evocar las imágenes borrosas de otra vida.

Mientras igual que un humo gris que deshace el viento  
 la humedad del crepúsculo muere en el aposento  
 y en nuestras manos yace un libro abandonado,

sentimos en la carne la filtración helada  
 de algo nuestro que duerme en la tierra mojada  
 de algún viejo y ruinoso cementerio olvidado!



## IV

En horas de silencio, una voz desterrada  
de la vida, resuena sin cesar en mi oído,  
y oyéndola se queda mi corazón dormido  
y el alma en un ensueño de amores encantada.

Es una voz antigua, de besos perfumada,  
oración sin palabras, música sin sonido,  
que repite en mi espíritu como un eco perdido  
la ternura infinita de aquella voz amada.

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice  
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...  
Solo sé que de ella mi amor piedad espera,

que es tan suave y dulce, tan tierna y dolorida  
que la escucho llorando, y, oyéndola, quisiera  
cerrar eternamente los ojos á la Vida.

## V

Es la visión de un sueño, la nívea visión casta  
que en sus horas sombrías el corazón espera...  
Florece en nuestro invierno como una primavera  
y al labio dice: ¡rie! y al dolor grita: ¡basta!

Mística alegoría de todos los amores  
sus dedos curar saben la más profunda herida,  
y en sus entrañas duermen, esperando la vida,  
los gérmenes de una legión de soñadores.

Su amor conserva el sacro fuego de las vestales.  
Divina sembradora de ensueños inmortales  
alumbra cuanto mira y anima cuanto toca.

Es la perpetua sombra que al cuerpo marcha unida,  
y cuando nuestros párpados se cierran á la Vida  
será su nombre el último que muera en nuestra boca!



## VI

Cayó sobre tu cuerpo la tierra húmeda y fría,  
al pie de los cipreses del viejo camposanto.  
El tiempo lentamente va enjugando mi llanto,  
y todo huye y se pierde en vaga lejanía.

Como por una herida correr las horas dejo...  
Tu indeciso semblante se borra entre la bruma,  
como un perfil de santa que confuso se esfuma  
en el fondo terroso de algún cuadro muy viejo.

A veces tu sonrisa, un gesto, tu mirada  
iluminan fugaces mi memoria cansada...  
Para olvidarlo todo mi párpado se cierra,

y el labio fatigado apenas si te nombra,  
mientras tu amor, mi único compañero en la Tierra,  
me sigue eternamente como mi propia sombra.

## VII

Yo adoro esos pianos, de polvo envejecidos,  
que dejó para siempre alguna sombra abiertos,  
donde en horas de insomnio las manos de mis muertos  
tocan, para mí solo, nocturnos nunca oídos.

Contemplándolos, mudo paso noches enteras...  
En la penumbra insomne, recuerdan sus figuras  
alargadas y estrechas, humildes sepulturas,  
y su marfil evoca pulidas calaveras.

Mi juventud, pianos, llenásteis de poesía,  
de cánticos de ángeles y músicas de estrellas,  
y perfumes de gloria... Y es hoy mi único anhelo

morir en plena noche, oyendo en mi agonía  
gemir en vuestras teclas una canción de aquellas  
que tocaban las manos que me han de abrir el cielo!



## VIII

Florecerá de nuevo una esperanza loca.  
 La piedad de una mano vendrá á curar mi herida,  
 y el labio un salmo alegre entonará á la Vida,  
 buscando, suspirante, los besos de otra boca.

¿Qué nueva enamorada me ceñirá en sus lazos?  
 Aunque sea más pura, más cándida y más bella  
 que la Reina del Cielo, no será como Aquella  
 que rezando mi nombre expiró entre mis brazos!

Pronto, acaso, de nuevo la estancia muda y grave  
 alegrarán los ecos de alguna voz piadosa...  
 Pero por más que dulce me encante su sonido

no será como aquella voz tímida y suave  
 que hoy tiene la infinita tristeza prestigiosa  
 de que jamás la oiremos vibrar en nuestro oído!

## IX

Un anhelo imposible todas mis dichas trunca...  
 Lo infinito y profundo de mi dolor me aterra...  
 Mi esperanza contigo duerme bajo la tierra  
 ese sueño de mármol que no se acaba nunca!

Mis ojos nada miran, mi oído nada siente...  
 Ni un poco de descanso encuentro en mi jornada,  
 lo mismo que si fuera un alma condenada  
 á caminar sonámbula, sin fin, eternamente.

Me toco, y en mi sangre no oigo latir la vida...  
 Parece que en tus brazos se quedó adormecida...  
 Quien de los dos ha muerto, mi razón no concibe...

Y en medio de este olvido á explicarme no acierto  
 si yo soy el que vive y eres tú la que has muerto,  
 ó si yo seré el muerto y eres tú la que vive!



## X

Una clara mañana de Abril, una mañana  
perfumada de frescas rosas recién abiertas,  
ornaré de azahares el umbral de mis puertas  
para que tú penetres como una soberana.

Vienes toda de blanco, con los brazos abiertos...  
Bajo tu planta el mundo florece y se ilumina,  
y de tus labios vírgenes se escapa esa divina  
frase que hace á la Vida resucitar los muertos.

Las arpas de los ángeles acompañan tus pasos  
y te cubre la púrpura de todos los ocasos...  
El prisionero aguarda en sus horas de penas

verte entrar en su cárcel, toda de luz vestida,  
para que con tus manos desates sus cadenas  
y le abras nuevamente las puertas de la Vida.

## XI

Todo en la vieja estancia parece que te espera:  
el sillón, los espejos... Está abierto el piano,  
y tiemblan las cortinas como si á alzarlas fuera  
reluciente de joyas tu fina y blanca mano.

El péndulo palpita... Dos pobres rosas rojas,  
desde las altas ánforas de China, lentamente,  
sobre la alfombra antigua dejan caer sus hojas,  
igual que si llorasen tu blanca mano ausente.

El amor ha volado... El nido está vacío...  
El rosal de mis rejillas se deshoja de frío...  
Mi carne es como ese rosal, y mi alma una

rosa que tiembla al borde de una rama...  
Ha cesado la lluvia... Y la luz de la luna  
es escala de oro que hasta el cielo me llama!



## XII

Hay algo que en las sombras al alma se revela,  
y entreabre las puertas de mi alcoba, sin ruido,  
y los ojos se espantan y la sangre se hiela  
al soplo pavoroso de lo Desconocido.

La luz tiembla y se apaga. El silencio estremece  
como un vuelo de seda frágil y temblorosa,  
y sutil é impalpable una sombra aparece  
envuelta en una blanca túnica luminosa.

Su silueta recuerda la lánguida silueta  
que se alzaba en la punta de los pies, suspirando,  
por alcanzar los largos besos de su poeta.

Y sus ojos, de una piedad desconocida,  
son las mismas pupilas que yo cerré llorando  
en la hora más larga y triste de mi vida.

## XIII

Los pasos se apagaron lentamente en la alfombra.  
Volvió á hacerse el silencio, y lívido, espantado,  
contemplé entre las sombras esfumarse su sombra  
como en el fondo insomne de un espejo encantado.

Curvado en el abismo interrogué al misterio,  
y respondió á mi oído la voz que me consuela:  
—El cuerpo que tú amaste, duerme en el cementerio,  
pero el alma á tu lado maternalmente vela!

En el laboratorio de las transformaciones  
surgirán mariposas de aquellas carnes bellas,  
para alegrar los cármes de tus recordaciones,

mientras te brinda el alma el inmortal consuelo  
de esas maravillosas floraciones de estrellas  
que levantan tu espíritu y tus ojos al cielo!



LAS APARICIONES



## I

Si el labio fiel lo invoca con una fe infinita  
se abren las sepulturas, Lázaro resucita...

Adorar al recuerdo... Amarlo intensamente...  
De rodillas rezarle... Lo pasado es presente...

Volverá, si queréis, la sonrisa perdida  
á los labios exangües, volverá la florida

primavera á las almas que agonizan de frío,  
como surge en las sombras de nuevo el sueño mío

Las campanas celestes anuncian su llegada...  
Viene toda de ensueño y de amor perfumada...



Es la Pura, la Única, aquella cuyo nombre  
es la oración eterna en los labios del hombre.

Trae esa paz que cura toda dolencia humana...  
A un mismo tiempo es novia, madre, esposa y hermana.

En su pecho, tan puro como un sacrario, encierra  
los más grandes amores del cielo y de la tierra.

Su mano, flor de luna, descorre la cortina  
del lecho. Su faz mística sobre mi frente inclina

y me besa... En sus brazos me mira con cariño  
y me duerme cantando, como se duerme á un niño.

Ya la miro que llega, tranquila y sonriente,  
con su paso tan tímido, que apenas si se siente.

Viene toda de polvo y de tierra cubierta,  
igual que si dejase la tumba de una muerta!

## II

Cuando el nocturno silencio  
se inmoviliza en mi estancia,  
cuando ni latir escucho  
mi sien sobre la almohada,  
y parece detenida  
hasta la luz de la lámpara,  
penetra sin hacer ruido  
su visión de luna blanca,  
y se sienta silenciosa  
en el borde de mi cama.

A través del niveo velo,  
la piedad de su mirada,  
brilla, cual negro diamante  
en el iris de una lágrima;  
y cuando los brazos tiendo  
para lograr estrecharla,  
me mira tenaz y fija,  
y en silencio se levanta.



Y me detiene en un gesto  
de paz, su mano, tan blanca  
entre la nieve del velo  
que da miedo contemplarla!...

Y sin ruido, como ha entrado,  
sin saber dónde, se marcha...

## III

Blanca sombra, mi alcoba iluminas  
de un ensueño lunar de tristeza...  
Ensangrienta, visión, tu cabeza  
una mustia corona de espinas.

Y en mi noche de oscuros dolores  
van sembrando tus manos, tan bellas,  
ramilletes de místicas flores  
que parecen guirnaldas de estrellas.

Tu imperial cabellera un destello  
y un perfume quimérico exhala,  
y una gota de sangre resbala  
á lo largo de cada cabello.

Con tus pasos sobrenaturales  
te aproximas, visión, á mi lecho...  
con las cruces de siete puñales,  
cual la Madre de Dios, en el pecho!



¡En el nombre de Dios te demando  
que me digas quién eres, qué anhelas...  
Con tu paso fugaz me desvelas,  
y á tu voz me despierto llorando...

Yo conozco esos ojos sombríos  
y esas manos de melancolías...  
¡Esos ojos, Amor, fueron míos,  
y esas manos, Bondad, fueron mías!

Y esa voz, esa voz de consuelo,  
más fragante que un huerto florido,  
otra vez—no sé dónde—la he oído...  
¿En la Tierra quizás, ó en el Cielo?

## LA SOMBRA DE BEATRIZ